

# LA LLAMADA LEJANA

*gordon dickson*



Estamos en 1990, en vísperas del primer viaje tripulado a Marte. En ese momento, Jens Wiley, subsecretario para el Desarrollo del Espacio, se entera que la expedición corre peligro debido al juego de las diversas potencias comprometidas. Sus esfuerzos para ponerse en contacto con el presidente fracasan, y la nave despegue. A partir de ese momento, la acción transcurre a bordo y en la Tierra.

Este libro está dedicado a las siguientes personas, que colaboraron con sus críticas y su consejo profesional sobre las numerosas ocupaciones, tecnologías y lugares que aparecen en sus páginas:

Joseph Green  
Ben Bova  
Keith Laumer  
J. W. Shutz  
Ann Cass  
Clifford D. Simak  
Eugene Aubry  
Clarence Morgan  
Samuel Long  
Mayor Jerome Ashman  
Robert Asprin  
John Bailey  
Roger De Garis  
Igor Mojenko

## 1

LA IMAGEN APARECIÓ de súbito en la mente de Jens Wylie, sumida en un estado de tenso agotamiento: él y los demás no eran sino una especie de estúpidas hormigas que se arrastraban sobre el monstruoso juguete de algún niño gigantesco, ambos situados mucho más allá de su comprensión. Él, junto con los otros cinco representantes diplomáticos de las seis naciones que participaban en esta expedición internacional tripulada al planeta Marte, quedaban reducidos a algo menos que insectos por el enorme vehículo al que ascendían, y que era conocido como lanzadera espacial.

Incómodamente encumbrados en el delicado caballete de la torre de despegue, que rodeaba la lanzadera con sus brazos de acero, los seis expedicionarios se arracimaban junto a la erguida y canosa figura de Bill Ward, director de lanzamiento de la expedición. Se encontraban suspendidos en una diminuta plata forma de metal, entre el cielo descubierto y el macizo y curvado casco de la misma nave. En la brillante claridad del atardecer de Florida, y aun a tan escasa distancia. Jens veía a los demás a través de sus gafas de sol como siluetas oscuras y empequeñecidas que se recortaban sobre el casco pintado de blanco de la nave, semejantes a lapas adheridas sobre el vientre de una ballena.

—En condiciones normales se puede subir aún más arriba —explicaba Bill Ward—, pero el ascensor que llega hasta la sección de mando de la nave está siendo sometido al tratamiento general de descontaminación antes del lanzamiento, mañana...

Jens no vio en quienes le rodeaban ningún entusiasmo por subir más arriba. En los rostros de varios, especialmente en las robustas y blanquecinas facciones de Walther Guenther, delegado espacial de Paneuropa. Jens pudo leer el claro sentimiento de que el tercer nivel del montacargas donde en esos momentos se encontraban ya resultaba una posición demasiado elevada. A él no le preocupaba la altura. La vasta soledad que les rodeaba, azotada por los vientos, le producía una beneficiosa sensación de alivio. La constante brisa disipó los últimos vapores del vino que había tomado en el almuerzo, dejándole a solas con las palabras de quien iba a ser comandante de la expedición, que en aquellos momentos se refería al programa de trabajo.

—... pero, ¿qué puede hacer usted al respecto? —le acababa de preguntar Tadell Hansard.

—Puedo hablar con el Presidente —respondió sin una pausa.

Entonces se separó del resto. Por primera vez desde que aceptara ansioso su nombramiento como Subsecretario de los Estados Unidos para el Desarrollo del Espacio, Jens consideró el título como algo hueco y sin sentido. En realidad, Tad no comprendía su situación. Él podía hablar; que el Presidente le escuchara, era otro asunto. Volviendo la espalda al constante murmullo producido por Ward, así como al descomunal vehículo, se inclinó sobre una barandilla de acero pintada de rojo para contemplar el Centro Espacial Kennedy, de la Administración Nacional del Espacio, que se extendía sobre Cabo Cañaveral.

Por debajo de él, y todo a su alrededor, el tranquilo panorama del Cabo, cubierto de verde maleza enmarañada, aplacó sus confusos pensamientos. El terreno se extendía hasta el horizonte en todas direcciones, sin más interrupción que los edificios dispersos de la NASA y los canales azules que seguían su curso hacia el lejano río Indian. A su derecha, justo en el límite del horizonte. Jens podía distinguir apenas el océano Atlántico como una línea más oscu-

ra. Casi al alcance de la mano, en comparación, se erguía el majestuoso edificio para el montaje de vehículos, capaz de alojar cuatro cohetes Apolo, cada uno de los cuales casi doblaba en longitud a la lanzadera espacial. El edificio distaba sólo seis kilómetros, y empequeñecía las demás construcciones de la zona, pues el ojo humano se negaba a admitir que pudiera existir una estructura tan descomunal, y tendía a crear la ilusión de que su tamaño era la mitad del que realmente era y de que se encontraba dos veces más cercano. Sobre sus cabezas, sólo se veían unas pocas nubes desperdigadas, tan blancas como los flancos de la nave, y alguna gaviota surcando incansable la cúpula del firmamento.

Jens se volvió de nuevo hacia sus cinco compañeros diplomáticos y vio cómo Bill Ward los conducía otra vez al ascensor que los devolvería a tierra firme. Ellos eran reales; él, no. Jens los siguió hasta la sombra verdosa del montacargas, casi tropezando con la nudosa mole de Sir Geoffrey Mayence, el delegado británico.

—¡Con cuidado! —exclamó Sir Geoffrey, sosteniendo a Jens por el codo antes de que cayera—. ¿Le molesta el calor, acaso?

—Es el sol —explicó Jens con voz apagada—. Por unos instantes, no pude ver nada.

—Tiene usted razón. Y este calor, también. Nos iría bien un trago.

La plataforma se hundió bajo sus pies, mientras Bill Ward seguía su charla interminable. La relativa oscuridad que reinaba en el pozo del montacargas proporcionó descanso a los ojos de Jens. Alinde West debería haber estado allí esa mañana, pero aún no había llegado. Por primera vez en los cuatro años transcurridos desde que la conociera, sintió anhelos de verla; más que anhelos, una desesperada necesidad. Trató de no pensar en su ausencia, para concentrarse en el lugar y el momento presentes. Abajo estaban su autocar, y el aire acondicionado, las bebidas y un telé-

fono. Jens sintió un espasmo de dolor en su vacío estómago.

El montacargas llegó al suelo. Salieron a la pista de aterrizaje y descendieron a pie, sudando, por una de las rampas paralelas de cemento que habían servido para llevar allí la lanzadera desde el edificio de montaje. Al pie de la rampa les esperaba el hoverbus.

La puerta delantera se abrió de par en par cuando llegaron hasta ella. Los hombres se introdujeron en el moderno vehículo, que recordaba una hogaza de pan. Su mitad superior era de vidrio ahumado, y se combaba por los lados hasta el nivel del suelo. Ahora, el tinte grisáceo de los cristales de transparencia variable se había oscurecido tanto, en respuesta a la luz exterior, que apenas unas sombras tenues e indistintas insinuaban la presencia de los asientos, los mecánicos y el conductor.

Una vez allí, todo volvió a parecer razonable. El blanco fulgor del sol y el crudo contraste de luz y sombra en el paisaje natural quedaban amortiguados por el tono gris del cristal, que reducía la luz, directa o reflejada, hasta un nivel aceptable. El redescubrimiento de la frescura a su alrededor les pareció una bendición tecnológica.

Parpadeando para sobreponerse a la penumbra. Jens se volvió hacia una silueta uniformada que permanecía en pie a su izquierda, mientras ascendía los últimos escalones. Cuando llegó a su altura, ya había tomado una decisión.

—¿Los teléfonos, por favor?

—Al fondo, señor —le respondieron—. A la izquierda del bar.

Jens dio la vuelta y se dirigió hacia la parte trasera del autocar, mientras sus ojos se adaptaban a la luz interior. Los asientos normales en este tipo de vehículo habían sido sustituidos por pesadas butacas reclinables, que podían desplazarse a voluntad de su ocupante. La mayor parte de sus colegas diplomáticos ya habían tomado asiento. Al llegar al fondo. Jens saludó con un movimiento de cabeza al agente

de seguridad que atendía tras la barra pequeña y semicircular, vestido con chaqueta blanca, y se dirigió hacia los tres videófonos dispuestos en fila sobre la pared de su izquierda. La pulida superficie del muro reflejaba su imagen: un individuo larguirucho y desgarbado, de unos treinta años, con facciones huesudas y nada llamativas, enfundado en una camisa blanca de manga corla y unos pantalones grises.

Se sentó ante el primer teléfono y apoyó la mano en los pulsadores. Su contacto era frío y vaciló por un momento. Nadie le había conferido autoridad para dirigirse al Presidente de esa forma... Suprimiendo la punzada de un sentimiento muy parecido a la cobardía, comenzó a marcar deliberadamente una llamada de larga distancia al número de la Casa Blanca que le interesaba. En el momento de pulsar el primer botón, surgió silenciosamente de la pared una pantalla insonorizadora transparente que rodeó su asiento. El último botón generó un tintineo, pero la pantalla de video permaneció inalterada ante él, con su color gris perla.

—Cifra —dijo Jens, extrayendo su codificador del bolsillo interior de su chaqueta prestada e introduciéndolo en una ranura del videófono. El tono de la nota cambió, pero la pantalla siguió vacía.

—Cifra —respondió una voz femenina, dura y precavida—. ¿Quién llama, por favor?

—Subsecretario para el Desarrollo del Espacio Jens Wylie —respondió—. Quiero hablar con Selden Rethe.

—Un momento. —Se produjo una pausa—. Lo siento, el señor Rethe no puede contestarle ahora. ¿Querrá llamar de nuevo más adelante?

—Esperaré. —Jens apoyó su frente sudorosa sobre el plástico deliciosamente fresco de la cabina, por encima del instrumento.

—Puede tardar varios minutos.

—Esperaré.

—Como usted quiera.

A esta breve conversación siguió el silencio, interrumpido por la nota oscilante que indicaba que la comunicación seguía pendiente.

Jens cerró los ojos y respiró profundamente. Éste era el tipo de situación que habría resultado muy evidente para su padre: tanto que la decisión adecuada habría destacado como si la hubieran grabado con ácido sobre el metal. Casi podía oír la voz de Horace Wylie, aconsejándole que se olvidara de todo el asunto.

—Vale más que pienses, hijo.

La voz del espíritu de su padre volvió a resonar en el fondo de la mente de Jens. Esa frase era el consejo favorito del senador para su hijo. Según el senador Wylie, Jens no se había detenido jamás a pensar. No había pensado casi ocho años antes, cuando decidió renunciar a la beca que había solicitado (la beca Charles Evans Hughes en la Facultad de Derecho de Columbia) para dedicarse al periodismo, en lugar de seguir los pasos de su padre en política. Tampoco había pensado cuando aprovechó la oportunidad de cambiar su empleo en St. Paul por otro en las oficinas del mismo periódico en Washington. Tampoco pensó, según la opinión de su padre, cuando contempló la posibilidad de dejar la oficina para embarcarse en la aventura, puramente especulativa, de escribir un libro sobre la historia del programa espacial. Entre todo lo que había hecho durante esos años, su padre sólo habría aprobado que aprovechara la amistad del Presidente con el senador, inmediatamente después de la muerte de éste, para conseguir su nombramiento de subsecretario. E incluso esto, habría dicho su padre, lo había hecho por motivos equivocados, pues Jens lo consideraba como una valiosa experiencia antes de escribir el libro y no como un paso hacia la fama y la fortuna.

No, el senador no habría aprobado lo que Jens estaba a punto de hacer. Había amado a Jens tanto como cualquier padre podría amar a su único hijo, pero Jens había adverti-

do desde temprana edad que para el senador había algo de poco varonil en un hijo que dejaba que sus sentimientos interfirieran con sus pensamientos. El senador únicamente había intentado protestar o disuadir a Jens de algo en una sola oportunidad: cuando éste rechazó su beca para la facultad de Derecho. Entonces, por primera vez, el senador soltó la lengua y reveló muchas cosas que hasta aquel momento Jens solamente podía sospechar. Una de ellas fue el sentimiento de impotencia que había aquejado al senador tras la muerte de su esposa, cuando la educación de su hijo quedó por completo en sus manos. Otra, que el senador no sólo no comprendía la actitud de Jens hacia el mundo, sino que jamás llegaría a comprenderla. Se trataba de la misma actitud que había tenido la madre de Jens, y que Jens tenía ahora, y el senador se sentía en cierta forma marginado.

En esencia, se trataba del sentimiento de que en cualquier situación había una respuesta correcta, algo que cualquier persona que pensara correctamente liaría sin vacilar, instintivamente. Para el senador, el instinto era algo superado por la mente consciente, que examinaba una situación, calculaba las ventajas y desventajas de todas las acciones posibles y elegía la que arrojaba el saldo más satisfactorio. Una vez realizada la elección, carecía de importancia que esta fuera instintiva, o emocional, o incluso moralmente atractiva. No era que el senador fuese un mal hombre, en ningún sentido de la palabra, pero su ética era pragmática y daba por supuesto que un mundo práctico exigía decisiones prácticas. Otras, no existían.

Jens había tenido conciencia de esto desde la muerte de su madre. Como la mayoría de los hijos, había deseado que su padre le comprendiera... incluso había deseado llegar a ser como su padre. Pero no pudo serlo, así como el senador no podía comprenderle a su vez. Y en razón de esta imposibilidad, debido a que no era capaz de justificar lo que creía, o explicarlo satisfactoriamente al senador, le que-

dó una despreciable opinión de sí mismo, la conciencia de su inutilidad a los ojos del senador, lo que el senador llamó un día, en un arranque, su «ligereza mental».

Nunca había sido capaz de alterar su forma de ser, como tampoco había sido capaz de justificar el hecho de que él era como era. Su padre no le había aprobado, y el espíritu de su padre no le aprobaría ahora, no aprobaría nada de lo que su hijo había realizado a partir de su nombramiento: ni el asunto de Lin, ni el otro romance de Jens, el que vivía con el espacio. El hecho de que Jens metiera deliberadamente sus narices en territorio prohibido, como lo hacía ahora, habría sublevado a su padre...

—¿Jens?

Al mismo tiempo que sonaba la voz desde el aparato, la configuración oblonga y gris perlada de la pantalla se redujo repentinamente a un punto y dejó lugar a un rostro pálido y enjuto, el rostro de un individuo pulcro, de mediana edad, vestido con un impecable traje azul de oficina y sentado en su despacho.

—Hola. Jens —dijo el secretario privado del Presidente. Selden Rethe. Sus ojos eran de un tono neutral, casi incoloros.

—Sel —comenzó Jens—, sabes que tengo un permiso especial para hablar directamente con el Presidente en caso de emergencia.

Quedó a la expectativa. Selden enarcó las cejas, pero no dijo nada.

—Creo que debo hablar con él ahora —prosiguió Jens—. Creo que se trata de algo que debe oír él personalmente.

Selden permaneció mudo durante otro segundo.

—No sé, ahora inmediatamente —respondió por fin. Su acento era preciso, del norte, y al igual que sus ojos, incoloro—. Está en camino hacia Filadelfia, para el homenaje en memoria de William Penn. Lo verás esta noche en la recepción, como está previsto.

—Puede que sea demasiado tarde. —Jens se detuvo para inspirar profundamente. Selden le contemplaba impasible—. Se trata de algo importante, Sel. Algo que podría hacer fracasar la expedición.

—¿Ah, sí? —dijo Selden. Sus cejas seguían enarcadas.

—Sí —afirmó Jens severamente.

—¿De qué se trata. Jens?

—Creo que debería comunicárselo yo mismo.

Selden asintió pausadamente, y sus cejas descendieron.

—Bien, como te digo —respondió—, no hay manera de que puedas hablar con él antes de la recepción de esta noche en Merritt Island.

—¿Hablará conmigo entonces?

—No puedo prometerlo. —Sus facciones alargadas, bajo el cráneo con señales de calvicie incipiente, surgían de las profundidades tridimensionales de la pantalla holográfica sin ningún signo de emoción—. ¿Estás seguro de que no quieres decirme de qué se trata?

—Preferiría hablar con él. Puede ser delicado.

—Ya veo... quizá mañana por la mañana, entonces.

—Es casi el momento del lanzamiento. Será demasiado tarde.

—Lo siento. Jens —respondió Selden—. No veo qué otra cosa puedo hacer.

Jens comenzó a ceder.

—De acuerdo, pues. Te lo diré. Acabo de hablar con Taddell Hansard...

—¿Con quién? —preguntó Selden.

—Tad Hansard, el comandante de la expedición. Nuestro martenauta norteamericano. Está muy preocupado por el número de experimentos que siguen añadiendo al programa de la expedición. Todos los países han tratado de incluir en el programa la mayor cantidad posible de sus experimentos favoritos, hasta que ha quedado totalmente desbordado.

—Eso es lo que él piensa, ¿no? —comentó Selden—. ¿Qué opinan los demás?

—¿Los demás?

—Los restantes miembros de la expedición —explicó Selden con paciencia—. El paneuropeo, el japonés...

—Oh. Están de acuerdo, por supuesto.

—¿Se la han comunicado a sus respectivos gobiernos?

—No sé —contestó Jens—. ¡Por Dios. Sel! Tad sólo tuvo un momento para hablar conmigo a solas durante el almuerzo que nos ofrecieron en el edificio de operaciones y control.

—Ya veo —asintió Selden, pensativo—. Bueno. Jens, te das cuenta de que no podemos influir en las decisiones de los demás gobiernos participantes, ¿verdad?

—Pero el Presidente ha de saber lo que está sucediendo —insistió Jens—. Tad le da mucha importancia a esta cuestión. Podría acarrear serios problemas a la expedición.

Selden permaneció impassible por unos segundos.

—Lo siento —dijo finalmente—. No sé qué podría hacer en estos momentos para conseguirte una entrevista con él.

—¡Tú sabes condenadamente bien lo que puedes hacer, Sel! —Esforzándose para disminuir su tono, Jens prosiguió—: ¡Maldita sea, Sel! Estamos protegidos contra interferencias, ¿no? Estás hablando conmigo, con Jens. No me vengas con todas estas evasivas corteses y burocráticas.

—Bueno, puedo transmitir lo que acabas de decirme, claro.

—Sel, escucha —interrumpió Jens—, Quiero hablar con el Presidente en el plazo más breve posible, sobre cuestiones de emergencia. Es una solicitud oficial del Subsecretario del Ministerio de Ciencia para el Desarrollo del Espacio.

—De acuerdo —replicó Selden tranquilamente—. Por supuesto. Jens. Me ocuparé de ello inmediatamente y con todo mi interés, desde luego.

Jens fijó en él su mirada.

—Sel —dijo—, por el amor de Dios. Sel. Te repito que esto es importante.

—No te preocupes más, Jens. Entiendo tu interés, y lo aprecio, como harán todos los de por aquí. Encárgate de que el centro de recepción de mensajes para personas importantes de donde tú estás pueda localizarte en cualquier momento. Te llamaré tan pronto tenga algo que decirte. Hasta luego.

La imagen de Selden se transformó en un espectacular remolino de color que desapareció como el agua por un sumidero, hasta que solamente fue un puntúo brillante. Luego, la pantalla volvió a quedar inerte, con su color gris perla.

—Hasta luego —repuso Jens a la apagada superficie que tenía frente a su rostro.

Retiró su codificador, lo devolvió al bolsillo de la chaqueta y se dirigió hacia la parte delantera del vehículo.

Pasó junto a Sir Geoffrey, que se encontraba de pie ante la barra, sosteniendo una copa que parecía minúscula en su enorme mano.

—¿Y usted? —preguntó alzando su bebida hacia Jens.

—Ahora no. gracias —le contestó sin detenerse.

El hoverbus, como le llamaban, era un autocar que se deslizaba sobre un cojín de aire. Pocos segundos antes habían entrado en funcionamiento los chorros que lo sostenían y en esos momentos estaban alejándose de la pista de lanzamiento sobre una carretera de asfalto. Jens tomó asiento en una de tres butacas que habían sido reunidas formando un grupo aparte. A su lado se encontraba Bill Ward, que escuchaba con paciencia activa y controlada al delegado soviético para el Desarrollo del Espacio. Segei Verigin. Fragmentos de la conversación comenzaron a llegar a sus oídos.

—... su hermano —estaba diciendo Verigin—, tengo entendido que es doctor en veterinaria, ¿no es así?

—En efecto —confirmó Bill Ward—. Es profesor en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Minnesota.

Interrumpió su explicación y se puso en pie, mientras el hoverbus se detenía imperceptiblemente.

—Discúlpeme —dijo a Verigin. Luego elevó la voz de modo que pudieran oírle en todo el vehículo—. Nos hemos detenido aquí un momento para que puedan tener una vista conjunta de la lanzadera y las instalaciones de despegue. Estamos casi a medio kilómetro, pero es lo suficientemente cerca como para que puedan apreciar todos los detalles.

Ciertamente, se hallaban cerca. La nave y las instalaciones quedaban en el lado opuesto a la butaca de Jens, pero la escasez de pasajeros le permitía mirar entre las butacas situadas frente a él sin necesidad de levantarse o moverse.

El autocar se había detenido a unos doscientos cincuenta metros de la plataforma que sostenía la nave espacial. Las dos lanzaderas que la componían podían verse desde allí como en realidad eran: un vehículo de dos fases al igual que los primitivos cohetes Saturno. A la espera de que llegase la hora del lanzamiento, la lanzadera reposaba igual que los Saturno antes que ella: en posición vertical. Sin embargo, y a diferencia de los Saturno, tenía el aspecto de una aeronave pequeña y robusta —la nave orbital— adherida al dorso de su hermana mayor, de idéntico aspecto pero tamaño muy superior, como una rémora adherida sobre un tiburón. La estructura móvil de despegue, de donde acababan de bajar, se erguía junto al doble vehículo del espacio.

—La nave orbital se elevará montada sobre la nodriza, como las ven ahora —explicaba Bill Ward a los delegados—, hasta una altura de sesenta mil metros, aproximadamente, que alcanzarán a los tres minutos del despegue. Entonces se producirá la separación... Alguien le interrumpió con una pregunta. La mente de Jens seguía ocupada en la cuestión de los experimentos, pensando que había amistades como la de la rémora y el tiburón. Por eso, no recono-